

Foto-ensayo: Caravana Migrante

Estancia en Ciudad de México



OBSERVATORIO
de Legislación y Política Migratoria

Autora Fotos y Ensayo: Verónica Montes

Profesora asistente de sociología y codirectora de
Estudios Latinoamericanos, Ibéricos y Latinos en
Bryn Mawr College de Pensilvania, Estados Unidos

Noviembre 28, 2018
www.observatoriocolef.org

Foto-ensayo: Caravana Migrante Estancia en Ciudad de México

¿Caravana o éxodo?

Eran cerca de las 5 p.m. del lunes 5 de noviembre cuando llegaba al estadio deportivo Jesús Martínez “Palillo” en la ciudad de México. La noche del sábado 3 del mismo mes empezaron a llegar a este estadio los primeros participantes de lo que en un principio se denominó “Caravana de migrantes centroamericanos”. Hoy, sin embargo, se ha optado por llamar a este mar de gente en movimiento un éxodo masivo. Otros la llaman Caminata Migrante.

No importa cómo se defina, lo que queda claro es que a partir de ahora estamos ante un nuevo paradigma en los procesos migratorios de la región Centroamericana. El flujo migratorio centroamericano por territorio mexicano no es nuevo; por décadas, los centroamericanos han cruzado México en su búsqueda por llegar a Estados Unidos.

De acuerdo con Marta Sánchez Soler, coordinadora del Movimiento Migrante Mesoamericano, diariamente entran al país por la frontera sur entre 800 y 1,000 migrantes centroamericanos.

Lo que está ocurriendo desde el 13 de octubre, fecha en que se inició el primer éxodo, es que este primer movimiento masivo de centroamericanos es diferente por varias razones: el gran número de participantes (alrededor de 7,000 personas), la rapidez y autogestión con la que se organizaron, el gran número de familias y mujeres solas con niños que vienen en la caravana, pero, sobre todo, el abandono de la clandestinidad e invisibilidad y la determinación para salir a la luz con el fin de tomar senderos y carreteras demandando su derecho de tránsito libre y seguro por el territorio mexicano.

¿Por qué deciden emprender un viaje al norte?

¿Por qué estas personas abandonan sus hogares, arriesgan la vida de sus familias y se dirigen a la frontera entre Estados Unidos y México? La respuesta es increíblemente compleja. Durante décadas, la región centroamericana ha sufrido una situación política, económica y social de prologada destabilización. Entre los factores desestabilizadores, podemos señalar en primer instancia, las intervenciones militares de los Estados Unidos en casi todos los países de la región, el fracaso de la agenda económica neoliberal lanzada a principios de la década de los 1990, el aumento de los corredores terrestres de cocaína en algunas regiones de Centroamérica – que empezó a finales de los 80 – el incremento acelerado de la violencia, altos niveles de corrupción y la endémica impunidad. Ante esta combinación de factores la vida se ha vuelto insoportablemente peligrosa y empobrecida para millones de centroamericanos.

¿Quién inició la Caravana?

Mucho se ha especulado en cuanto a quiénes estuvieron detrás de la organización de esta primera caravana. Resulta difícil creer que haya sido suficiente con solo haber convocado a través de plataformas sociales, como Facebook y WhatsApp, para que miles de personas decidieran dejar todo y aventurarse en esta difícil travesía de más de 4000 kilómetros para llegar hasta los Estados Unidos. Sin embargo, basta con escuchar las historias de vida de alguno de los participantes de este éxodo para darse cuenta de que fue la desesperación, la desesperanza, la violencia, la pobreza, la corrupción y la impunidad por parte de las instituciones gubernamentales de estos países lo que llevó a miles de personas a unirse a esta iniciativa. Así que el sábado 13 de octubre del 2018 iniciaron su caminata cientos de hombres, mujeres y niños partiendo de San Pedro Sula, ciudad industrial ubicada en la zona noroeste de Honduras.

En su recorrido la caravana fue creciendo, no solo al unirse miles de hondureños más, sino también guatemaltecos, salvadoreños y nicaragüenses quienes al enterarse de la caravana no dudaron en unirse a ella. Para los miles de migrantes, la caravana se ha convertido en su instrumento de sobrevivencia; no están en busca de caridad, quieren trabajo y la oportunidad de tener una vida digna. El objetivo es llegar a los Estados Unidos y ejercer un derecho humano básico: solicitar asilo.

Campamento de refugiados en plena CDMX

Llegada la Caravana a Ciudad de México e instalarse en Ciudad deportiva Magdalena Mixhuca, busco la entrada al estadio y me sorprende al darme cuenta de que no existe restricción alguna para entrar a las instalaciones del lugar. Observo que afuera de las inmediaciones del estadio hay docenas de migrantes, en su mayoría hombres jóvenes.

Algunos de ellos están sentados en la acera, mientras otros vienen cruzando la avenida hacia la entrada del estadio con comida en las manos. Una docena de policías de vialidad controlan el tránsito dando prioridad peatonal a los centroamericanos. Por ahora no hay complicaciones viales, sin embargo, a mi regreso al estadio al día siguiente la situación fue totalmente distinta, había vallas en ambos lados de la entrada de las instalaciones, un mayor número de policías de vialidad, un mayor flujo de autos particulares entrando a dejar donaciones y un número mayor de migrantes en las calles aledañas.

Entro a las instalaciones y me aventuro a buscar la entrada del estadio. Sigo el flujo incesante de gente. Observo una carpa de tamaño mediano con un letrero que anuncia “Centro de Acopio” y observo montones de ropa usada que será repartida entre los centroamericanos.

Continúo y observo a mi paso decenas de casas de campañas precarias, hechas con lo que se puede, es decir plásticos, cartones, maderas o mantas, dentro de estas se vislumbran grupos de hombres, familias pequeñas ya sea de mujeres solas o acompañadas. Las banquetas y jardines aledaños a la entrada del estadio están ocupados por docenas de caminantes. Algunos están platicando, otros hablando por su celular, muchos otros sentados. La mayoría de los hombres que estan sentados o acostados se descalzan para descansar sus pies. La precariedad del calzado se hace evidente principalmente entre las mujeres, muchas de ellas llevan solo sandalias.

Continúo mi recorrido y me abro paso entre decenas de voluntarios, reporteros, monjas y personal de organismos internacionales y nacionales que han venido a verificar las condiciones de acogida de los migrantes. Encuentro la entrada al estadio y hago fila para entrar. Hay otra fila igualmente larga saliendo del estadio. Solo hay un policía de seguridad pública en la entrada.



Ingreso al estadio y me encuentro con un mar de gente esparcida por todas las gradas y por el campo de juego convertido en un campamento de refugiados... algo nunca visto en la historia de esta ciudad. La última vez que se vio algo parecido, en el sur del país, fue durante la década de los 80 con la llegada de alrededor de 50 mil refugiados guatemaltecos que huían del genocidio perpetrado en contra de la población, principalmente indígena, de su país.

Hay dos carpas blancas enormes en medio del estadio, las veo por dentro y me doy cuenta de que están llenas de cientos de personas, en su mayoría mujeres y niños. No queda ningún espacio disponible. Los menos afortunados buscan un lugar cerca de las carpas en donde pasar la noche. Sigo mi recorrido y observo hacia las gradas, están ocupadas, personas acostadas, sentadas, pa-

radas o en pequeños grupos en casas de campañas de hechura rudimentaria.

El acompañamiento es básico para sobrevivir y esto se hace evidente al recorrer el campamento. Paso por la zona donde están situadas docenas de baños portátiles con dos largas filas de gente esperando su turno; en la misma zona veo una larga fila de lavamanos portátiles en donde hay niños y mujeres lavándose los dientes. Hay un par de letreros pegados en los baños portátiles que dice: “Migrante, recuerda que el metro es gratis para ti.”

No muy lejos de ahí está la zona donde diferentes organismos internacionales, como la UNICEF y la OXFAM, tienen sus carpas que en el día fungen como guarderías para los más de 300 niños que forman parte de la caravana. Son muchas las carriolas de estos pequeños, a quienes me encuentro cir-



culando por todo el estadio y sus inmediaciones. Muchas reflejan en su destartalada estructura lo duro que ha sido el largo camino que han recorrido, cargando a muchos de estos pequeños que hoy juegan en este improvisado refugio.

Empieza a oscurecer y el frío que ha traído la lluvia a la ciudad en los últimos días se empieza a sentir. El bello atardecer comienza a desvanecerse en el horizonte, dando paso a la luz de los reflectores del estadio. Sigo caminando y paso cerca de un grupo de jóvenes voluntarios quienes juegan fútbol con varios niños de la caravana. La pelota sale de la improvisada cancha y en una especie de sutil invitación a patearla, la pelota se atraviesa en mi recorrido.



“Quieren que juegue”, escucho decir a un hombre con voz amable, busco la voz y veo una sutil sonrisa en el rostro del hombre que está parado viendo jugar a los niños.

“No sé jugar,” respondo en tono amigable, “¿de dónde viene?” pregunto, mientras me voy acercando.

“Soy de San Pedro Sula,” responde el hombre, sin titubeos y amistosamente.

“Conozco San Pedro Sula, viví en Honduras hace muchos años,” respondo con emoción.

Descubro que Víctor, el hombre que acabo de conocer, se unió a la caravana el 13 de octubre. No viene solo, lo acompaña su esposa Lorena. Junto a los miles de centroamericanos que vienen en la caravana, Víctor y Lorena han recorrido 1,592 kilómetros desde San Pedro Sula hasta la ciudad de México.

Víctor me platica que en su país las cosas están muy difíciles, que es prácticamente imposible conseguir trabajo si uno tiene más de 35 años. Él tiene 49. Me comenta que le sorprende que en México la gente mayor pueda tener un puesto ambulante y ganarse la vida, ya que en su país eso es inimaginable; también me dice que las pandillas en su país extorsionan a prácticamente todo el mundo, incluidos los vendedores ambulantes.

Por varios años, Víctor trabajó en las bananeras de la costa oeste de Honduras y antes de migrar se ganaba la vida en las labores del campo. Sus manos ásperas y callosas son testigo de ello. Además de la falta de oportunidades laborales, Víctor afirma que la violencia está por todos lados.

De acuerdo con estudios, del 2009 al 2011, Honduras y El Salvador reportaron las dos tasas más altas de homicidios en el mundo. La antropóloga Hume se ha referido a esta situación como el fenómeno de la “ritualización de la violencia,” la cual, de acuerdo con ella, se ha filtrado en todas las esferas de la vida civil de ambos países.

Le pregunto a Víctor si sabe hasta cuándo se quedará la caravana en la ciudad de México, me responde que no, que en las noches hay asambleas autogestionadas y ahí se discute lo que se hará en los próximos días. Me comenta que él y Lorena viajan solos, pero que una sobrina de su esposa viene con ellos y esta joven madre trae tres niños pequeños, incluido un bebé de 8 meses. Me confiesa que si las cosas se ponen difíciles para llegar a la frontera y, sobre todo, para cruzar al otro lado, él y Lorena han contemplado la posibilidad de quedarse en México. Me pregunta si es difícil vivir en México. Me quedo pensando qué responder.

¿Quiénes son?

El arribo de la primera caravana a la ciudad de México cumplió dos objetivos. El primero fue permitir la reagrupación de la caravana, la cual se había dividido en Veracruz. El gobierno del estado de Veracruz había prometido poner a disposición de los integrantes 150 camiones para transportarlos hasta la ciudad de México, lo cual nunca sucedió. La desesperación llevó a muchos a continuar su camino a pie, mientras muchos otros optaron por solicitar aventones al servicio de transporte público o privado.

Como segundo objetivo, la estancia en la ciudad de México permitió conocer por primera vez la composición de esta caravana inicial: se contabilizaron 4,814 personas, 3,088 adultos. Viajan entre ellos 184 personas con discapacidad, 87 integrantes de la comunidad LGBTI, 85 % son hondureños, 8 % guatemaltecos, 5 % nicaragüenses y el 2 % restante pertenece a diversas nacionalidades. 320 son personas de entre 0-5 años, hay 24 mujeres embarazadas y adolescentes que viajan no acompañados. Al 13 de noviembre, tres de las mujeres embarazadas ya habían dado a luz en México y la comunidad LGBTI, junto con un grupo reducido de la caravana, acababan de llegar a la ciudad fronteriza de Tijuana.

Ha pasado un mes desde que la primera caravana salió de Honduras. De acuerdo con Periodistas de a Pie, un colectivo de periodistas que ha acompañado a los centroamericanos desde el inicio de su éxodo, cuatro caravanas con más de 10 mil migrantes recorren el territorio mexicano en busca de llegar a los Estados Unidos.

Según cifras de la Secretaría Mexicana de Gobernación, 2,934 personas han solicitado refugio en México. La primera caravana salió de Honduras con un contingente de aproximadamente 7,000 personas; la segunda salió de El Salvador a los pocos días de haber partido la primera. Se calcula que alrededor de 2,000 personas conformaron este segundo éxodo. La tercera caravana, con un número más reducido de participantes (aproximadamente 300 personas) partió también de El Salvador. La última llegó el 2 de noviembre a la frontera sur de México, donde se les prohibió cruzar el puente fronterizo entre Guatemala y México.



Reacciones encontradas sobre el éxodo

Las reacciones en cuanto a la presencia de miles de migrantes centroamericanos por el territorio mexicano han sido diversas. Por un lado, ha habido manifestaciones en contra de la presencia de estos. En las redes sociales han circulado opiniones racistas y xenóforas, que además se han materializado en pequeñas protestas de grupos contra la presencia de centroamericanos en el país.

Los prejuicios, la falta de información y sobre todo el miedo a la Otridad alimentan estas expresiones. Algunos de los mitos utilizados contra la presencia de los migrantes mexicanos en Estados Unidos se han empezado a emplear contra los centroamericanos en México: la supuesta competencia por los empleos disponibles, la presunción delictiva sobre muchos de ellos, asumir que desean aprovecharse de los servicios sociales que ofrece México, afirmar que es una invasión y que se convertirán en una carga económica para el país.

Ante la presunción de competencia laboral, afirmando que quitarían empleos a los mexicanos, se debe recordar que, en el caso de los centroamericanos (al igual que los mexicanos en EU), en caso de quedarse en México, lo cual no es su objetivo princi-

pal, por sus condiciones de vulnerabilidad social realizarían los trabajos más precarios, acompañados de una serie de violaciones laborales. Así como sucede con los millones de migrantes mexicanos que laboran en los Estados Unidos, quienes lo hacen en los sectores laborales más precarios por su condición de irregularidad migratoria en el país.

Con respecto a la supuesta invasión y al impacto que tendría en la economía mexicana, en el hipotético caso de que se quedaran en territorio mexicano los aproximadamente 10 mil participantes de este éxodo, debe tomarse en cuenta que la población total de México, de acuerdo con el INEGI, para el 2015 era de 119, 939,478, mientras la población extranjera residiendo en México constituía solo un 0.84 por ciento. De hecho, dentro de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE en inglés), México es el país con el más bajo índice de inmigración.

En pocas palabras, para México, con sus dimensiones geográficas, económicas y de población, abrir sus puertas para recibir a los 10 mil participantes de este éxodo no representaría ninguna desestabilidad y mucho menos un peligro.

Manifestaciones solidarias

Por fortuna, la solidaridad y empatía hacia el éxodo no se han hecho esperar. Quizá por que comparten la misma realidad de lo que significa la precariedad, han sido los mexicanos más marginados y con menores recursos los que han salido en mayor número a apoyar a los centroamericanos en su recorrido.

En Chiapas, el estado con el mayor porcentaje de población en situación de pobreza, familias enteras se dieron a la tarea de preparar comida para recibir a los migrantes. La respuesta para hacerle frente a este inusitado éxodo masivo por parte del gobierno federal mexicano ha sido ineficiente, por el contrario la iglesia, las organizaciones no gubernamentales y, sobre todo, la sociedad civil han respondido rápida y eficientemente a las muchas necesidades de los centroamericanos.

A lo largo de su jornada estos hombres, mujeres y niños centroamericanos han caminado miles de kilómetros en las condiciones más adversas como lluvia, calor, frío, cansancio, hambre, enfermedad, deshidratación y otros. A su llegada a la ciudad de México los migrantes centroamericanos que habían salido de San Pedro Sula habían re-

corrido 1,592 kilómetros a pie.

Tuve la oportunidad de ir al estadio tres de los cinco días en que los migrantes permanecieron en la ciudad. Durante esos días fui testigo de cómo familias, estudiantes y grupos de vecinos visitaron a los migrantes llevándoles no solo comida y ropa, sino principalmente grandes manifestaciones de cariño y apoyo. La gente entraba al estadio y se dirigía directamente hacia los migrantes a repartir lo que llevaban. Muchos no querían dejar las donaciones en la entrada del estadio, querían entregarlas personalmente y, sobre todo, querían compartir palabras de apoyo y buenos deseos con los migrantes.



Ese fue mi caso. Después de haber conocido a Víctor y Lorena decidí lanzar una campaña de recaudación de fondos por Facebook. Mis estudiantes de Bryn Mawr College (a través de la Coalición por los Derechos de los Migrantes, un club liderado por estudiantes) ayudaron a recaudar \$ 1,153 dólares en menos de un día. Con ese dinero pudimos comprar productos básicos de higiene como cepillos y pasta de dientes, jabón, desodorantes, papel de baño y otros, así como ropa adecuada para el camino para hombres, mujeres y niños.

La estancia de los migrantes en el estadio fue la más larga y la que les ofreció las mejores condiciones en su trayecto hacia la frontera norte. Los migrantes tuvieron la oportunidad de realizarse revisiones médicas, dentales y psicológicas. Se impartieron talleres “Conoce tus derechos” sobre los requisitos para la solicitud de asilo y refugio en los Estados Unidos. La Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR) impartió por su parte pláticas de cómo tramitar la solicitud de refugio en México para aquellos interesados en esta posibilidad. Hubo también tiempo para relajarse. Diferentes colectivos llevaron actividades lúdicas para los migrantes. Hubo funciones de cine, clases de boxeo, sesiones de masajes, juegos de mesa y otros.

El miércoles por la noche, después de entregar las últimas donaciones, me despedí de Víctor y Lorena. Le pregunte a Víctor si sabía cuándo emprenderían el camino hacia el norte. Rápidamente y con tono entusiasta me dijo: “Si mañana nos dicen que nos vamos, estamos listos.” Su entusiasmo fue esperanzador. Nos abrazamos con fuerza y les deseé la mejor de las suertes. Les esperaban aún más de 2,500 kilómetros para llegar a la frontera.



¿Qué les esperaba a su llegada a la frontera?

Los primeros contingentes de la primera caravana empezaron a llegar a Tijuana la tarde del martes 13 de noviembre. Con ayuda de diversas organizaciones, iglesias y autoridades estatales se proporcionarán en el transcurso de varios días 125 camiones para transportar a 5,862 migrantes desde los estados de Sinaloa y Sonora hasta Tijuana, un recorrido de 1,562 kilómetros.

¿Quiénes de los que iniciaron este largo éxodo lograron llegar a la frontera? ¿En qué condiciones físicas llegaron? ¿A dónde llegarán? ¿Qué les espera a su llegada?

Son algunas de las muchas preguntas que se irán respondiendo en los próximos días, cuando terminen de llegar a la frontera el resto de los 10 mil protagonistas de este mar de gente en movimiento, que por el último mes ha sacudido no solo el escenario nacional, sino mundial. Con el arribo de los migrantes a la frontera empieza la segunda fase, sin duda la más difícil y definitiva, de este éxodo masivo.

Además de las adversidades inherentes a este tipo de desplazamiento masivo, los centroamericanos tendrán que librar una batalla aún más complicada. La administración de Trump ha enviado a la frontera más

de 5,900 soldados en servicio activo para apoyar a los agentes de Aduanas y Protección Fronteriza de los Estados Unidos que procesan las solicitudes de asilo. A pesar de que la mayoría de estos soldados han sido enviados a Texas, la situación en Tijuana se percibe tensa.

Al momento de escribir este ensayo, personal de Aduanas y Protección Fronteriza reforzaban la ya de por sí impenetrable valla que divide a Estados Unidos y México en la zona de Playas de Tijuana.



Sumando al despliegue del ejército en la frontera, Trump ha anunciado que se negará el derecho de petición de asilo a toda aquella persona que no lo haga por alguno de los puertos de entrada asignados. Esto es una violación de una ley federal del país vecino, la cual garantiza específicamente que "un extranjero que esté físicamente presente en los Estados Unidos o que llegue a los Estados Unidos [en un puerto de entrada designado o no] tiene derecho a solicitar asilo". Al redactar esa ley, el Congreso de los Estados Unidos fue específico y claro en que los inmigrantes que temen ser perseguidos en sus países de origen tienen derecho a buscar asilo, independientemente de cómo ingresaron al país norteamericano.

El domingo 25 de noviembre, en un intento desesperado, unos 500 solicitantes de asilo intentaron cruzar la frontera entre Estados Unidos y México a lo largo del punto de cruce de San Ysidro-Tijuana. Con gas lacrimógeno y balas de goma, los militares estadounidenses y los agentes de la Patrulla Fronteriza de los Estados Unidos lograron contener el río de personas (que incluía a mujeres con

niños pequeños). Hoy, la situación en Tijuana es tensa, especialmente para los 5,221 solicitantes de asilo que se refugian en el complejo deportivo, Benito Juárez. Durante su estancia en la Ciudad de México, la sociedad civil, el gobierno de la ciudad y docenas de ONG apoyaron generosamente a este éxodo centroamericano; en Tijuana, sin embargo la situación es complicada. Los migrantes se enfrentan a una mayor xenofobia y racismo, sus condiciones de vida en el complejo deportivo son de hacinamiento y, quizá lo más difícil de todo esto sea la negociación política entre México y EU en como resolver esta situación, que para muchos se ha tornado en una crisis humanitaria. Algo que hubiese sido inimaginable pensar hace solo unos años.

Finalmente, si el mensaje por parte de la administración Trump es detener a los migrantes que buscan asilo en los Estados Unidos, la sola presencia física de estos miles de centroamericanos, que han viajado más de 4,000 kilómetros desde sus países de origen y que han logrado llegar hasta la frontera, representa no solo una enorme determinación y valentía, sino que es, sobre todo, la más grande manifestación de resistencia pacífica que ningún muro, por muy grande que este sea, podrá detener.

